



## LA INFANTA DE INGLATERRA.

La cual se condenó por haber callado siempre por vergüenza un pecado mortal en la confesion.

Silencio pido, señores:  
suplico á todos atiendan  
á un suceso acaecido  
en tiempo que de la Iglesia  
nuestra madre la fé santa  
florecia en Inglaterra.  
Habia en aqueste reyno  
un Rey, devoto de veras  
de un santuario que llaman  
de la Virgen de la Peña.  
Constante lo visitaba  
todos los dias de fiesta,  
pidiendo con vivas ansias  
á esta soberana Reyna,  
le alcanzase de su Hijo  
sucesion á su grandeza,  
para que el estado herede  
quando su vida fenezca.  
Oyó Dios su peticion,

y le dió una Infanta bella:  
fue creciendo aquesta niña  
en virtud y muchas prendas,  
tanto, que corrió la fama  
en muchas partes diversas.  
Dos Príncipes la pidieron  
por esposa y compañera:  
pero prudente su padre,  
antes de dar la respuesta,  
lo confirió con la Infanta,  
diciendo de esta manera:  
hija, si quieres casarte  
no me lo oculte tu alteza,  
daré á los embaxadores  
la resolucion que esperan.  
Padre mio, le responde  
con gran valor la Princesa,  
vuestra Magestad despida  
á esos grandes con presteza,

que yo no quiero casarme,  
porque ya esa diligencia  
la tengo yo efectuada  
con la suprema grandeza,  
á quien con todo mi afecto  
le tengo hecha promesa  
de guardar la castidad,  
pues se agrada mucho de ella.  
Y para esto os suplico  
con mi filial reverencia,  
me deis vuestra bendicion,  
y me concedais licencia,  
para que yo me retire  
junto al sitio de la selva  
á servir á un hospital  
con seis de mis damas bellas,  
mandando que se me den  
para esto algunas rentas.  
El padre quedó confuso,  
pero viendo en la Princesa  
tal resolucion, despide  
los grandes para sus tierras.  
Mandó hacer un hospital  
con muy prontas diligencias,  
y concluido, á la Infanta  
dice el Rey de esta manera:  
ea hija muy querida,  
escoge las seis doncellas,  
pues ha de ser ya mañana  
vuestra partida á la selva,  
donde podais habitar  
con recato y aspereza.  
Se fue al hospital, llevando  
consigo sus damas bellas,  
y de esta suerte les dice,  
quando ya se vió en la selva:  
esas galas, mis amigas,  
que adornan vuestra belleza,  
desechadlas, que yo quiero  
daros otras mas honestas,

como las usan los santos,  
y que á Dios mas bien parezcan,  
supuesto que él ha de ser  
nuestro esposo muy de veras.  
Todas dicen que están prontas  
á lo que ordena su alteza;  
y una vida executaban  
con tal rigor y aspereza,  
que á todo el mundo admiraban  
con tan grande penitencia.  
Sobresalia entre todas  
el fervor de la Princeca,  
vistiéndose de cilicio  
de los pies á la cabeza.  
Confesaba y comulgaba  
todos los dias de fiesta,  
teniendo larga oracion,  
ayunos y penitencia,  
disciplinas rigurosas,  
y á los pobres con franqueza  
daba copiosas limosnas  
teniéndola en esta empresa  
por reyna de las virtudes,  
y como á tal la veneran.  
Con tan santos exercicios  
cayó enferma la Princesa,  
y viéndola de peligro  
los sacramentos le ordenan.  
Mas viendo que se moria,  
llamando á su camarera,  
quando la tuvo presente,  
le dixo de esta manera:  
Doña Elena, yo me muero;  
este hospital á tu cuenta  
se queda, mira por él,  
como si yo viva fuera.  
Y diciendo estas razones  
murió la hermosa Princeca,  
y haciéndola rico entierro,  
fue sepultada en la tierra.

Pasados algunos dias,  
cenando su camarera,  
le vino un deseo grande  
de saber de la Princesa,  
y entrando en el oratorio,  
oró allí de esta manera:  
ó Dios mio de mi alma,  
si yo indigna mereciera,  
que me mostrarais la gloria  
que le cupo á la Princesa!  
pues no hay duda que será  
de las mayores que cuentan  
que participan los santos  
por sus virtudes excelsas.  
Mas ó justicia divina,  
aunque piadosa, muy recta!  
pues fue el efecto distinto  
de la visible apariencia.  
Estaba en estos discursos,  
quando abriéndose la puerta,  
vió á la Princesa que estaba  
toda de llamas cubierta,  
mas horrible que el demonio,  
en humo y horror envuelta,  
dos dragones á los lados  
que la roen y atormentan.  
Doña Elena muy turbada  
prorrumpió de esta manera:  
qué es de tu misericordia,  
mi Dios, si esta se condena!  
Detente sin perturbarte,  
dixo entonces la Princesa,  
que si yo me he condenado,  
fue hacer Dios justicia recta.  
Ya sabes que aficionada  
fui siempre en grande manera  
á leer algunos libros,  
y á pasar buenas leyendas.  
Pues has de saber tambien,  
que para aquella tarea,

por tener algun descanso,  
mandé á un page me leyera,  
el qual con el mismo trato  
fue tomando gran llaneza:  
besóme un dia la mano,  
y mostrándome alagüena,  
declaróme su aficion,  
y así fácil me atropella.  
Quise confesar mi culpa,  
y manifestada apenas,  
el Confesor imprudente  
se azoró de tal manera,  
que volviendo pies atrás,  
con empacho y con vergüenza  
dixe que fue un pensamiento.  
Y con la misma entereza  
replicó: y aun pensamiento  
no cabe en vuestra grandeza.  
Entonces yo mas corrida  
con tan notable aspereza,  
le dixi que el pensamiento  
fue en sueños; con que se aquieta.  
Echóme la absolucion,  
y yo de temores llena,  
prosiguiendo en confesarme,  
siempre calle esta flaqueza,  
pretendiendo con ayunos,  
cilicios y penitencias,  
satisfacer esta culpa,  
y que Dios me la absolviera.  
Error fue de mi ignorancia,  
porque es cosa verdadera,  
que no hay perdon del pecado  
si al Confesor no se muestra.  
Tuve eficaces auxilios,  
voces de la gran clemencia,  
que al oido me decian:  
arrepíentete y confiesa,  
pues que tienes ahora tiempo  
de salvarte, como quieras.

Reducida de este impulso,  
que al alma le hacia guerra,  
declaréme al Confesor,  
y le dixé que entendiera  
como gravísimas culpas  
agravaban mi conciencia.  
Mas él juzgando que fuese  
esto alguna impertinencia,  
me dixo muy engañado  
con palabras lisongeras:  
no es posible, gran señora,  
que me persuada y crea  
que haya en vuestra alteza culpa,  
sino virtudes diversas.  
Volví á ocultar mi pecado,  
y recatar mi flaqueza,  
porque con él mi persona  
el concepto no perdiera.  
Pero viendo el justo Juez  
despreciada su clemencia,  
apurándome la vida,  
á los demonios me entrega.  
Publicarás este caso,  
para que un exemplo sea,  
en que tomen escarmiento,  
cuantos sepan la tragedia.  
Doña Elena confundida,  
llena de horror y tristeza,  
con ansias muy grandes dixo:  
ó mi Dios, y quién pudiera  
dar un golpe á aquella sala!  
vinieran mis compañeras;  
que si las refiero el caso  
dirán que soy embustera.  
Anda luego, ve á llamarlas,  
dijo al punto la Princesa,  
que para que así se haga  
traigo la órden expresa.  
Doña Elena se levanta.

y dando un golpe á la puerta,  
dixo: compañeras mías,  
venid, vereis la Princesa,  
la qual por solo un pecado  
está en las llamas eternas.  
Las doncellas le responden:  
no es posible, Doña Elena,  
que quien ha sido tan santa,  
en tal desdicha se vea.  
Levantad, venid, les dice,  
que en el oratorio queda  
esperando la veais,  
y testifiqueis sus penas.  
Levantándose al momento,  
se van tras de Doña Elena,  
donde todas juntas vieron  
su desdichada Princesa,  
tan horrible, que si Dios  
no les concediera fuerzas,  
con tan horroroso asombro  
todas se cayeron muertas.  
Y ya que la hubieron visto,  
con estruendo de cadenas,  
y un hedor intolerable,  
al infierno se la llevan.  
Alerta todo cristiano,  
y el que salvarse desea,  
advierta, que si algo calla,  
graba mucho su conciencia,  
y comete un sacrilegio,  
que sus culpas acrecienta.  
Pues confesándolas todas  
con propósito de enmienda,  
es cierto Dios las perdona,  
aunque sean mas que arenas,  
que mayor que todas siempre  
es la divina clemencia;  
y tendremos aquí paz,  
y despues la gloria eterna.

F I N.

VALENCIA: *Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 1.*